

Evocar la figura de Althusser en la actualidad exige practicar una especie de exorcismo en contra del fantasma de la locura, convertido en pretexto y reprimida causa del exilio que pesa sobre su pensamiento. La existencia hoy día de un verdadero tabú en torno a la obra de Althusser no deja de revelar la hipocresía de un culto a la razón que se niega a otorgarle a lo real y al vértigo del saber cualquier lugar. Intelectual trágico por antonomasia, en Althusser reaparece y culmina una tradición en la que el compromiso político y la radicalidad pierden su inocencia al confrontarse con la crisis de sus fundamentos doctrinales. Es por ello que las ideas del filósofo francés han sido y siguen siendo incómodas, tanto para los marxistas como para los que no lo son, en la medida en que su originalidad impedía su comprensión y su asimilación en el marco de una época en la que la moda del marxismo era una moneda corriente.

Sin duda, la fuerza del pensamiento de Althusser radicó en su metamorfosis y renovación permanente, que imposibilitaban cualquier intento por restringir sus aportes a unas cuantas fórmulas (a pesar de Martha Harnecker); y explican al mismo tiempo, que lo esencial de sus intuiciones adelantarán interrogantes que sólo hasta ahora muestran sus actualidad. Sólo un espíritu profundamente desesperanzado, es decir, religioso, pudo plantearle al marxismo la pregunta por su finitud, por sus limitaciones y su alcance, obligándole a dar cuenta de sus fantasmas más constitutivos. La crítica y la lectura que aplica Althusser al marxismo es en este sentido implacable y resulta ininteligible si no se toma en cuenta la fragilidad de una

mente como la suya, desgarrada y en constante autocrítica desde su primer hasta su última obra. Entender el principal legado de Althusser implica en principio ir más allá de su calificación como el epistemólogo del marxismo y reconocer el sentido original de su intervención teórica política en el ámbito del pensamiento socialista. Si bien es indudable que la problemática epistémica es una dominante temprana en la reflexión althusseriana, nos condenaríamos a sobreestimar su alcance real si no comprobáramos la existencia en Althusser de un proyecto de refundación del marxismo que sirviéndose de la pretensión por demostrar la naturaleza científica del materialismo Histórico apunta en realidad a otro fin. Con esto quiere indicarse que el objetivo de la lectura "sintoma" que Althusser aplica al corpus marxista tiene como trasfondo una intencionalidad política que utiliza como pretexto el discurso epistemológico y la polémica demarcación entre ciencia e ideología.

La estrategia seguida por Althusser partirá de la defensa de una tesis

crítica, según la cual existe una ruptura epistemológica entre los textos del joven Marx y el Marx maduro, ruptura por demás polémica y más arbitraria que cierta, pero que ordena una intervención teórica que en su esencia permitirá subvertir las interpretaciones dominantes del marxismo. La dimensión política de tal intervención se comprende a partir de la extensión que hace Althusser de la oposición entre los dos marxismos a la oposición entre el marxismo y el hegelianismo, cuyo principal efecto será demarcar y distinguir al marxismo de cualquier concepción del mundo totalizante y acabada. Es justamente aquí donde se encuentra la clave de la reflexión de Althusser, que alimenta una original problematización de la relación Marx-Hegel, considerada por él como el punto ciego y límite paradigmático de la teoría y la política marxista. Según Althusser, la insuperada huella del hegelianismo condicionó que el marxismo permaneciera preso de una concepción que conserva intactos, a pesar de la famosa metáfora de la inversión, los fundamentos de un dispositivo idealizante. Debido a

El fantasma de la locura

Francisco de la Peña

ello la interpretación marxista de la sociedad no podrá ir más allá de una traducción en nuevos términos de la filosofía hegeliana de la historia, que hace de ésta un proceso teleológico y predeterminado. La tentativa por liberar al marxismo de los efectos metafísicos de tal herencia llevará a Althusser a repensar y darle un estatus nuevo a la teoría de la historia fundada por Marx en el materialismo y la dialéctica. De ahí el esfuerzo de Althusser por atacar a un tiempo las versiones y deformaciones subjetivistas-voluntaristas y objetivistas-naturalistas del marxismo. Ambas, vendrá a decir Althusser, se presentan como variaciones de un mismo esquema idealista en el que una visión simplista del todo social lleva a concebir la compleja dialéctica social bajo el modelo hegeliano de la totalidad "expresiva", totalidad reductible a una contradicción básica que incluye en sí misma su negación y su superación por intermedio de un sujeto llamado a realizar esta tarea.

Desde esta perspectiva, en la interpretación subjetivista del marxismo, con sus variantes humanistas, historicistas, voluntaristas e incluso existencialistas, el proceso histórico tendrá como fundamento la contradicción que enfrenta a una esencia humana auténtica que pugna por su realización acabada (representada por el proletariado) con sus manifestaciones enajenadas y cosificantes (el capital, el estado o la religión). En el otro extremo, la vertiente objetivista del marxismo y sus variaciones economicistas, evolucionistas, naturalistas o catastrofistas concebirán como esencial a la contradicción entre las fuerzas productivas, que tienden a su liberación a través de la socialización que de las mismas lleve

a cabo el proletariado, y las relaciones económicas capitalistas que limitan dicha posibilidad. En los dos casos la superación del capitalismo aparece como un proceso necesario, garantizado de antemano por un inevitable rebasamiento de la contradicción histórica fundamental que asegura que la clase obrera sea el agente central de tal proceso.

Será en contra de los efectos idealistas que la apropiación en clave filosófica provoca en el marxismo, y que dan cuenta de sus desviaciones y su conversión en una metahistoria especulativa, que Althusser desarrollará una interpretación de la historia sin concesiones, acorde con una toma de posición materialista radical. En base a ella, la historia deberá ser entendida como una realidad abierta, compleja y no totalizable, es decir, irreductible a una contradicción única que pudiera ser superada por un sujeto histórico. Como consecuencia de esta postura se entiende el porqué para Althusser la dialéctica material de la historia se presenta como el resultado de una contradicción siempre sobredeterminada, nunca definitiva ni prefijada, y en un estado de desplazamiento y condensación siempre variable. En último término, para el marxismo althusseriano la historia se presenta como un proceso sin sujeto ni fines, tesis con la que se resume la naturaleza objetiva y material de la lucha política, no predeterminada y siempre sujeta a múltiples resultados. Sin garantías, el proyecto socialista deja de ser un destino asegurado para convertirse en una posibilidad histórica compleja, una tendencia que si bien es objetivamente concebible está siempre expuesta a su crisis. La relación existente entre la teoría marxista y el movimiento socialista es en este sen-

tido problemática, en absoluto natural o necesaria, y sujeta a todo tipo de desviaciones y desfases. De ahí que para Althusser la sobrevivencia del marxismo tenga como condición su capacidad de renovación y auto-crítica permanente, sin las cuales su desaparición sería un hecho. El alcance y la vigencia del pensamiento de Althusser cobra sentido a la luz de la denominada crisis del marxismo, de la que él más que nadie fue un precursor y a la vez un crítico, pues sus posturas políticas y teóricas atacaban tanto al dogmatismo doctrinario y a las instituciones comunistas establecidas como a las fáciles soluciones oportunistas de los partidos y los intelectuales que estaban dispuestos a enterrar al marxismo para modernizarse.

Pensar el marxismo con Althusser es en nuestros días una apuesta por la lucidez y el espíritu radical, es un reto al materialismo en la política. Después de Althusser, y lejos de la ingenuidad y la fe en la utopía, el marxismo puede ser un discurso cuya cientificidad dependerá de su criticidad y el reconocimiento de sus límites. Como nos ha dicho E. Balibar, el más destacado discípulo de Althusser, el silencio de éste es ante todo un silencio político, un acto que no es ni público ni privado, el testimonio de una autocrítica que llevada al extremo conduce a lo real, real de la muerte y de la locura.